

EL JINETE MISTERIOSO
ZANE GREY



I

El sol de septiembre, menos cálido, si no menos brillante, que el de los meses de julio y agosto, marchaba rápidamente hacia su ocaso tiñendo sus rojizos rayos las abruptas márgenes del Colorado. En las frondosas hondonadas comenzaba a concentrarse un denso vaho purpúreo. Surcaban el terreno tortuosas veredas que descendían desde las alturas hasta los valles, cruzando a trechos las oquedades iluminadas por el dorado sol otoñal, la cárdena hojarasca de las viñas cubría en gran parte las grises laderas de Peñas Blancas, montaña tachonada de rocas blancuzcas y coronada de picachos que en invierno resguardaban el valle de los vientos norteños.

Una muchacha cabalgaba por los montes, con la prisa de quien regresa alegremente al hogar. Iba por un caminillo que pasaba muy próximo a un altozano desde el cual muchas veces se había detenido para otear desde allí las tierras que le eran familiares. Hacía, sin embargo, bastante tiempo que no llegaba hasta aquel lugar, asociado en su mente a los momentos más serios de su vida. Allí fue donde, siete años atrás, había tomado una resolución heroica para complacer al viejo ranchero, su tutor, a quien ella había llamado siempre papá, y que en realidad había sido en toda ocasión lo mismo que un padre para ella.. Para complacer al viejo, la muchacha había accedido a ir a un internado en Denver. Cuatro años había pasado en aquella ocasión lejos de sus amadas colinas grises y de sus oscuras montañas. Desde su vuelta, tan sólo una vez había subido hasta aquella altura, y el día aquel fue también para ella de triste recuerdo. Tres años habían transcurrido desde entonces y las penas y adversidades de la adolescencia parecían perderse en la noche de los tiempos. Era una mujer de diecinueve años y encontrábase cara a cara con el primer gran problema de su vida.

El camino atravesaba un grupo de álamos temblones de troncos blancos y hojas amarillentas y movedizas, y, continuando por unas verdes praderas de abundante hierba y fragantes flores silvestres, llegaba hasta los lindes rocosos del macizo montañoso.

Apeóse la joven y soltó la brida. El potro, acostumbrado a las caricias, adelantó el hocico en solicitud del esperado halago. Cuando se convenció de la inutilidad de la espera bajó la cabeza y se puso a pacer la apetitosa hierba. La muchacha no tenía ojos más que para mirar las florecillas que le sonreían como pálidas estrellas entre la verde alfombra que se extendía a sus pies.

-Margaritas -murmuró pensativa, contemplando las que consiguió reunir en apretado ramo. ¡Como no le dieron ellas la clave del' misterio que envolvía su nombre y su nacimiento...! Las miró un rato y su mirada se dirigió luego, soñadora, hacia el lejano horizonte.

-Margarita -dijo en voz alta como si necesitara oírse para ahondar en su pensamiento-; así me llamaron los que me encontraron de niña, dormida entre las flores silvestres.

Eso era toda cuanto del misterio que rodeaba su nacimiento le había revelado el hombre a quien ella había llamado siempre papá. De un modo vago había tenido siempre, sin embargo, conciencia de algo misterioso y extraño en relación con su primera infancia, de algo cuya explicación jamás había podido averiguar.

-Margarita, he ahí mi único nombre -exclamó con la melancolía propia de quien pretende vanamente penetrar las sombras del pasado.

Apenas hacía una hora que, al atravesar el pórtico del rancho de Peñas Blancas, Guillermo Bellounds, el hombre que había cuidado de ella toda la vida, mirándola con la paternal ternura de siempre, mas con una expresión distinta en sus ojos, le había dado la noticia. Le

parecía estar viendo al viejo ranchero, fornido y cariancho, rudo, con sus cicatrices, con su pelo entrecano y sus grandes ojos azules de viva mirada.

-Margarita -le había dicho el buen hombre-, he de darte una sorpresa. Jaime ha escrito, para anunciar su próxima llegada.

Bellounds mostraba la carta, y su mano temblaba cuando la pasó en el hombro de la muchacha. La rudeza de aquel hombre habíase trocado en suavidad y delicadeza. Jaime era su hijo. Tres años había durado su ausencia. Habiendo salido de la casa pocos días antes del regreso de Margarita, siete años hacía que los dos jóvenes no se habían visto. Pero ella le recordaba perfectamente: un muchachote fuerte, cerril, guapo y violento, que le había hecho casi insoportables los años de la infancia.

-Sí, hija mía, Jaime está a punto de llegar -dijo Bellounds con voz helada por la emoción- Y con este motivo, Margarita, he de decirte una cosa.

-Di, papá -contestó ella asiendo con cariño la férrea mano que él' le había colocado en el hombro.

-Pues precisamente he de decirte, ante todo, eso que no soy tu padre. He procurado portarme siempre contigo como si lo fuera. Te he querido como si hubieras sido mi propia hija; pero no eres sangre de mi sangre ni carne de mi carne. Ha llegado el momento de darte a conocer la verdad.

Y el ranchero contó brevemente toda la historia. Diecisiete años antes, unos mineros que trabajaban en las montañas de Middle Park habían encontrado a una criaturita dormida entre las margaritas que bordeaban el camino. Poco después, los indios habían dado una batida por allí arrasándolo todo. Pero los mineros se habían llevado ya la criatura a su campamento, donde la alimentaron y cuidaron, dándole el nombre de Margarita. Más tarde los mineros entregaron la niña a Bellounds.

-Margarita -dijo el ranchero-, nunca te hubiera dicho esto si no tuviera para ello motivos importantes. Yo me voy volviendo viejo. Puedo morirme cualquier día y comprendo que no me decidiría nunca a repartir mi propiedad dejándote una parte a ti y el resto a Jaime, por lo cual he pensado que lo mejor será que te cases con él. Además, tú siempre has logrado de él lo que yo no he podido conseguir nunca. Con una mujer como tú, Jaime, quién sabe...

-¡Papá! -exclamó Margarita-. ¿Cómo quieres que me case con Jaime, cuando apenas si me acuerdo de él?

-¡Qué importa eso! ¡Qué importa eso! -comentó Bellounds riendo-. Ya le recordará cuando le veas. Mañana, o tal vez esta misma noche, estará aquí.

-Pero, yo no le amo - murmuró la atribulada muchacha.

Las rudas facciones del ranchero se contrajeron en un impulso de cólera; sus ojos echaron llamas. La sensata objeción de la joven había herido sus sentimientos paternos. Todo lo consentía menos que le tocaran al hijo.

-No deja eso de ser una contrariedad -contestó malhumorado-. Claro que no puedes interesarte mucho por él si no le amas. Quizá cambies, quizá salgas de esa indiferencia y llegues a quererle; mas, sea como sea, te casarás con él.

Y expresada de tal modo su voluntad inapelable, se alejó sin añadir palabra. Margarita se marchó valle arriba a todo correr de su potro, en busca de aislamiento. Un rato hacía que estaba quieta en el borde del terrontero cuando, súbitamente, se dio cuenta de que habían interrumpido su soledad. El ruido que hacía el ganado que triscaba y galopaba abajo en el valle y arriba en las laderas de la montaña de Peñas Blancas la había sacado de su ensimismamiento. Frente a ella pacía un gran rebaño de toros y vacas de distinta coloración. Con sus carreras, los novillos y terneros llenaban el aire de espesas nubes de polvo; a su paso, el grueso del rebaño apisonaba la hierba dejándola tronchada y tendida como si por encima de ella hubiese pasado un rodillo. Las vacas mugían y trotaban detrás de sus terneros. Melodiosos y claros sonaban los gritos de los cowboys. Las reses conocían las voces y

únicamente los toros más silvestres la oían, continuando desobedientes su marcha cuesta arriba.

También Margarita conocía los gritos y sabía distinguir por ellos al cowboy que los daba. Gritos chillones y estentóreos, mezclados de juramentos; pero gratos, al fin y al cabo, a los oídos de la muchacha. De trecho en trecho, a lo largo de la pendiente, un jinete atravesaba como un rayo el espacio sin árboles que unían los diversos grupos de álamos. El polvo flotaba en el ambiente y los gritos repercutían por todos los ámbitos aun después de haber desaparecido de la vista caballo y jinete.

-Me gustaría saber dónde está Wilson - murmuró Margarita recordando, mientras miraba a uno y otro lado para descubrir al muchacho, el cambio extraño que había notado en él de algún tiempo a aquella parte. El cambio era innegable; pero ella no atentaba a qué atribuirlo. Uno por uno fue reconociendo a todos los jinetes del valle y Wilson Moore no estaba entre ellos. Preciso era que hubiera quedado en la parte alta de la montaña, y Margarita se volvió para recorrer con la mirada toda la ladera hasta el grupo de altos y apretados álamos que coronaban la cumbre. A lo lejos, hacia su izquierda, resonó desde un accidente del terreno un grito que ella reconoció en seguida. Una caterva de vacas coloradas bajó al galope la pendiente, levantando polvo, tronchando y aplastando la maleza, haciendo rodar las piedras y atronando el aire con sus mugidos.

El grito se repetía cada vez más claro, cada vez más sonoro.

Margarita vio un blanco potro que destacaba su perfil elegante sobre el azul del firmamento. El precipicio que se abría cerca de las patas de la bestia demostraba que su jinete era un hombre de un valor a toda prueba. Margarita le hubiera reconocido por su modo de montar, si no le hubiera distinguido antes por su erguida y esbelta figura. El cowboy vio a la muchacha y sin pérdida de momento lanzó al caballo ladera abajo después de hacerle encabritar, caracolear y dar algunos tornillazos. Margarita le hizo un signo con la mano y el cowboy espoleó al animal, desapareciendo un instante detrás de un grupo de álamos, para reaparecer al poco rato por el lado derecho y continuar por mejor camino hasta el mogote en donde le aguardaba Margarita.

La muchacha le vio acercarse sin atinar a comprender por qué el instinto le hacía ver algo extraño en aquel encuentro con un hombre con quien había jugado en la niñez, que fue siempre para ella un buen amigo, casi un hermano. Hacía muchos años que aquel hombre, que se había hecho cowboy sólo por lo mucho que le gustaba la vida al aire libre, estaba al servicio de Bellounds. A diferencia de la mayoría de los cowboys, se educó en un colegio y poseía cierta cultura. Por tal causa, su familia, incapaz de comprender sus gustos, le importunaba muchas veces instándole a que se volviera a Denver, donde ella residía.

A medida que se acercaba, Margarita sentía más y más una emoción extraña. ¿Cómo oiría el muchacho la noticia del cambio que iba a experimentar ella en su vida? Este pensamiento, esta duda, hacíanle sentir viva ansiedad. Pero ella y él no eran más que dos buenos amigos. Bien era verdad que últimamente habían dejado de ser, sin que hubiera motivo para ello, lo que hasta entonces habían sido.

Al llegar junto a la muchacha, el cowboy se apeó del caballo con la ligereza y gracia peculiares en él. Era alto, delgado, esbelto y fornido. Manteníase erguido como un indio. Sus ojos eran pardos, sus facciones regulares y su piel bronceada. Como todos los hombres acostumbrados a vivir al aire libre, su rostro denotaba serenidad y energía. La seriedad de su expresión acreditaba, además, una tristeza oculta.

-¿Qué hace usted aquí, Margarita? -le dijo por todo saludo-. ¿No teme usted que algunas reses desmandadas la atropellen?

-No; ya sabré apartarme si vienen por aquí.

-Hay algunos toros bastante malos en esa manada y, si vienen por aquí, Pronto, que les teme, echará a correr y usted tendrá que volverse a pie. No olvide que Pronto es un animal medio indómito.

-No hay miedo -contestó ella, y hubo una pausa tras la cual él volvió a preguntar

-¿Qué ha venido usted a hacer por aquí?

-He venido a coger margaritas. ¡Mire! -Y presentándole el ramo le preguntó:- ¿Le gustan a usted? -Sí, me gustan las margaritas -contestó cogiendo unas cuantas.

-Yo me llamo como ellas.

-Difícilmente hubieran podido encontrar un nombre más apropiado para usted.

-¿Por qué?

-Porque es usted delicada y graciosa como estas flores, y tiene la piel blanca como sus pétalos.

-Eso es un piropo, Wilson. Es la primera vez que le oigo hablar así.

-También a usted la encuentro hoy diferente.

-Es posible-asintió ella volviendo la vista hacia el sol poniente-. Hoy he averiguado que no tengo derecho a ir por el mundo con la cabeza alta. Nadie sabe quién soy, de dónde procedo.

-¿Qué importancia puede tener eso? -exclamó Moore.

-Bellounds no es mi padre. Yo no tengo padre. Soy una espúrea a quien de niña encontraron dormida entre las flores. Siempre me han conocido por Margarita Bellounds, pero éste no es mi apellido. Es imposible saber cuál es el mío verdadero.

-Conocía su historia desde hace tiempo, Margarita -contestó el cowboy con gravedad-. Todo el mundo la conoce en el rancho. El viejo Guillermo quiso ocultársela a usted por el cariño que le tiene, porque él la quiere a usted de verdad. Todos la queremos aquí. Es lástima que no tenga usted madre ni hermana; pero no debe usted entristecerse por eso.

-¡Oh, no es lo que usted se figura lo que me tiene atribulada! Siempre he echado de menos la compañía de una madre; pero, a pesar de todo, he sido feliz en mi orfandad. Otra cosa es lo que me inquieta.

-No la entiendo a usted.

-Porque no he acabado de contárselo todo.

-¡Hable, hable usted! -rogó el cowboy.

La misma turbación que había sentido antes volvió a apoderarse de Margarita. No acertaba a explicarse por qué la incertidumbre del efecto que produciría en Wilson la noticia la preocupaba tanto. Sin embargo, lo que Wilson Moore pensaría de su casamiento con Jaime Bellounds no podía menos de preocuparla seriamente.

-Jaime Bellounds llega esta noche o mañana -dijo tras breve vacilación.

E incapaz de mirar en aquel momento a Wilson a la cara, volvió la cabeza hacia los pinos que elevaban a lo lejos su verde copa hacia el azul del cielo. El silencio de Wilson, sin embargo, la obligó a mirarle. La cara del cowboy estaba ligeramente demudada. El bronceado de su piel se había teñido de rojo y el caído labio inferior dejaba ver la blancura de los dientes. Cuando Margarita le miró, él se puso a enrollar cabizbajo el lazo; mas, de repente, levantó los ojos y, fijándolos abiertamente en ella, le dijo no sin cierto embarazo:

-Hace meses que espero la llegada de ese tronera.

-¿Nunca ha sentido usted simpatía por Jaime? -preguntó Margarita a media voz. No hubiera querido hacer la pregunta, pero las palabras salieron solas de los labios.

-No, nunca hemos simpatizado.

-¿No ha olvidado usted la pelea que tuvieron, hace años?

La rapidez del gesto hizo desenrollar el lazo.

-La pelea en que él salió vencido, ¿cómo olvidarla?

Y el rojo desapareció de sus mejillas.

-Sí, usted le venció, bien lo recuerdo. Y Jaime le odió a usted desde entonces.

-Poco tuvieron que cambiar sus sentimientos para ello, porque no era mucho do que me quería.

-Usted nunca me había hablado de Jaime de este modo -protestó ella.

-Tiene usted razón. No me gusta hablar mal a espaldas de los demás; pero a veces las palabras acuden a la boca y no es posible reprimirlas.

En la actitud del cowboy se produjo un cambio manifiesto. Margarita lo notó y no pudo menos de sentirse incomodada. Siempre había tenido confianza en él; pero en aquel momento la situación era algo violenta. Por un lado hubiera querido expresarle la satisfacción con que veía el encono, y por otro le daba vergüenza confesarlo. Le parecía darse cuenta de que la amistad de Wilson era para ella algo mucho máspreciado de lo que hasta entonces había creído, y figurábase que estaba perdiendo aquélla amistad por causas imposibles de adivinar.

¡Hemos sido siempre tan buenos amigos! -exclamó repentinamente con triste expresión. -¿Quiénes? -hubo de preguntar Moore.

-¿Cómo quiénes? ¡Usted y yo, si no me equivoco!

-¡Oh! -exclamó él procurando dulcificar su voz, pero sin poder evitar cierto tono de desaprobación-. ¿A qué viene ahora eso?

-No sé; últimamente he creído perderle.

-Temor desprovisto de fundamento -dijo él con acento que denotaba una buena dosis de amargura. Margarita atribuyó la frialdad al amor propio y le preguntó quejosa

-¿Por qué ha variado usted tanto conmigo?

-¿A qué viene esa pregunta? -interrogó él a su vez. Esta salida acentuó en Margarita la sensación de la pérdida del amigo. Ella, por lo visto, había vivido de ensueños, mientras él se había nutrido de realidades. No acertaba ella, sin embargo, a analizar sus sueños, ni a comprender su significación. Le parecía haber sido una niña que había envejecido repentinamente. La necesidad de una madre, que tanto la había acuciado en sus años de infancia, volvía a dejarse sentir con vehemencia en su pecho. Alguien en quien reclinar la cabeza, alguien en quien confiar, alguien a quien acudir en aquellas horas de angustia en que la fatalidad había llamado a su puerta. ¡Cuánto necesitaba a la madre!

-Sí, quiero saberlo -insistió como si algo irresistible dentro de ella la obligase a hablar-. Usted ha variado, y aunque tal vez valiera más que ignorase el motivo, quiero saberlo y exijo que -me lo diga.

-No, no; dejemos eso -contestó Moore, enrojándose de nuevo y volviéndose, por no mirarla, a atar el lazo al arzón de la silla. Era evidente que la pretensión de Margarita le disgustaba.

-Papá quiere que me case con Jaime -dijo la muchacha, cambiando así de conversación y volviendo a su naturalidad.

-Lo sabía desde hace meses -declaró Moore secamente.

-¡Usted! ¿Cómo es posible? -exclamó asombrada Margarita.

-Lo sabía -replicó Moore sin más explicaciones.

-Pero eso no era razón bastante para alejarse de mí como usted lo ha hecho -declaró ella en tono de reconvención amistosa.

Él se rió y ella entonces le preguntó con la mayor ingenuidad:

-¿Y ya no me quiere usted desde que sabe que me be de casar con Jaime?

-¡Margarita! Una muchacha como usted de diecinueve años, próxima a casarse, no debiera hacer esas preguntas.

-Bien veo que me ha perdido usted todo el cariño que me tenía antes. De lo contrario, no me habría ofendido.

-Si usted dice que la he ofendido, dice lo que no es cierto -aseveró él con calor.

Nunca habían estado tan próximos a la querrela como entonces. Margarita sentía algo que nunca había hecho agitar su pecho hasta aquel momento, una mezcla de temor, ira, enfado y contrariedad. El aplomo de Wilson la irritaba, y presa de la mayor agitación le preguntó:

-¿Es decir, que yo miento?

-Sí, usted miente si dice que la he ofendido. Apenas había pronunciado estas palabras Moore, cuando recibió un bofetón en la cara. Palideció y tembló de coraje.

-¡Oh, perdóneme, perdóneme! No me he dado cuenta de lo que hacía -imploró Margarita, arrepentida. Moore se frotó la mejilla. El golpe no le había podido producir gran dolor, pero la sacudida moral había sido intensa y sus ojos llameaban de indignación. Dominó, sin embargo, su cólera y dijo:

-No le apene lo hecho, no tiene importancia. No es la primera vez que me abofetea usted. La otra fue por haberla besado, ¿recuerda? Le pido perdón por haberle dicho que mentía. Lo que sucede es que tanto usted como yo estamos hoy fuera de quicio.

Aquello aflojó la tensión. Moore no sabía si marcharse o si correr el peligro de prolongar todavía la conversación.

-Sí, es verdad, no sé lo que nos pasa -dijo Margarita riendo, pero furiosa consigo misma y no muy lejos de las lágrimas-. Olvidemos la rencilla y seamos buenos amigos.

La cara de Moore adoptó una expresión más grave, más seria que nunca.

-¿Sabe usted, Margarita, en dónde ha estado Jaime Bellounds estos tres años?-preguntó eludiendo la formalidad de las paces.

-No; hay quien me ha dicho que ha estado en Denver, otros que en Kansas. Nunca he querido preguntárselo a papá, porque sabía que Jaime había salido de casa disgustado con él. Supongo que debe de haber estado trabajando intensamente; haciéndose hombre.

-¡Dios quiera que lo que usted supone resulte cierto! -exclamó con amargura el cowboy.

-¿Y usted, sabe acaso dónde ha estado? -preguntó súbitamente Margarita presintiendo que la agitación y la turbación de Wilson pudieran ser hijas de algún misterio del cual' tuviera él clara noticia.

-Sí; lo sé -contestó Moore con los dientes apretados, como resistiendo a la tentación de hablar demasiado.

Margarita desistió de seguir preguntando, pues tenía suficiente entendimiento para comprender que podía haber cosas que no fueran fáciles de decir.

-Wilson -dijo precipitadamente-, yo debo a papá todo lo que soy. Él ha cuidado de mí, me ha tenido en un buen colegio. Ha sido siempre muy bueno conmigo y yo le quiero como se merece. Sería en mí una ingratitud y un mal pago a sus beneficios el negarme...

-¡Oh, Guillermo es el mejor de los hombres! -interrumpió Moore repudiando honradamente todo conato de deslealtad hacia su patrón-. No hay en Middle Park y alrededores quien no le deba algún beneficio. Es un hombre de lo más cabal. Sería perfecto si no tuviera la gran debilidad que siente por su hijo, ese...

Margarita le tapó la boca con la mano.

-Ese hombre que ha de ser mi marido -dijo, completando así la comenzada frase.

-¿De manera que está usted decidida a casarse con él? -preguntó el cowboy.

-Naturalmente. ¿Cómo podría excusarme? Nunca he pensado en desobedecer.

- ¡Margarita!

Este nombre salió de la boca del cowboy con un acento tan desgarrador que la muchacha sintió una emoción extraña.

-Margarita, ¿cómo puede usted amar a Jaime Bellounds si desde la edad de doce años no ha vuelto a verle? Diga, ¿cómo puede amarle?

-¡Oh, no le amo! -replicó la muchacha.

-¿Cómo está usted, pues, decidida a casarse con él?

-Es lo menos que puedo hacer por papá. Él está convencido de que yo soy la única persona capaz de hacer sentar la cabeza a su hijo.

-¡Hacer sentar la cabeza a Jaime! -exclamó Moore vehementemente-. ¡Usted, tan delicada, tan tierna, tan inocente, haciendo sentar la cabeza a un energúmeno! ¡Dios mío! ¡Usted casada con un jugador y un borracho!

-¡Por favor! -imploró Margarita.

-¡Un tahúr, un hombre que hace trampas cuando juega! -exclamó Moore con una expresión que denotaba el profundo desprecio que le inspiraba tan feo vicio, que era antes un muchacho mal criado -manifestó Margarita tratando de justificar de algún modo al hijo del hombre a quien ella amaba como a un verdadero padre-. Pero ahora ha estado trabajando durante tres años, se habrá corregido de sus defectos y volverá hecho un hombre.

-¡Bah! -exclamó Moore despectivamente.

Margarita sentíase desfallecer. ¿Dónde estaban las fuerzas de la valiente muchacha capaz de cabalgar o andar, sin cansarse, multitud de kilómetros? Era ridículo sucumbir a la angustia de una leve lucha interior, y, haciendo un gran esfuerzo, logró por fin vencerse ocultando su debilidad al cowboy.

-Esas palabras son impropias de usted -dijo-. Yo le creía más generoso. ¿Se me puede censurar justamente? ¿Soy yo, acaso, la que he escogido mi destino?

Moore desvió la vista y, de pie, con una mano sobre su caballo, guardó silencio un momento. Se montó luego, de un salto, y retuvo al animal, que relinchó, tascó el freno y pifó amenazando encabritarse.

-Olvide mi mal humor -rogó mirando a Margarita-. Retiro todo lo que he dicho. Es la envidia lo que me ha hecho hablar.

-¡La envidia! - exclamó Margarita, asombrada.

-Sí, la envidia que le ciega a uno y le vuelve loco. ¡Ojalá no sepa usted nunca lo que es!

-Pero, ¿de qué tiene usted envidia?

-¡Oh, eso sería largo y difícil de explicar! Yo soy un paria separado de su familia, un vagabundo, un sin hogar, un hombre sin porvenir, sin fortuna... Jaime, en cambio, es un joven apuesto y rico. Tiene un padre que le adora. Tiene tierras, caballos, ganado... Y por si no fuera bastante todo eso, ahora se casará con usted.

Dicho esto, espoleó al animal para lanzarlo al galope. Antes de alejarse se volvió y dijo:

-He de reunir el ganado disperso y ya es muy tarde. Usted hará bien en volverse de prisa al rancho.

Y continuó su carrera, haciendo rodar las piedras por la ladera de la montaña,

Margarita permaneció un momento en donde él la había dejado, perpleja, con el rostro encendido.

-¿Envidia? ¿Y yo de por medio? ¿Qué habrá querido decir? ¿Qué habrá querido significar? - se preguntó llena de confusiones.

La lógica interpretación de las palabras de Wilson fue, sin embargo, como una llamada a las puertas del corazón de la muchacha. Pero el instinto de defensa de la mujer se apresuró a cerrarlas sofocando desde el principio los sentimientos de halago, esperanza, temor y misterioso anhelo que habían comenzado a agitarse en su pecho.

Pronto pacía tranquilamente a poca distancia; lo cogió por la brida y de un brinco se colocó en la silla. Sus manos estaban frías. El viento había cesado de agitar los álamos, pero las hojas amarillentas se desprendían una tras otra cubriendo el suelo con una alfombra de tonos cálidos. A lo lejos, hacia el oeste, se divisaba el hogar.

Delante de sí tenía Margarita una de las puestas de sol más hermosas de las regiones del Colorado. Las tierras que se extendían ante sus ojos cautivaban por su bella coloración aterciopelada, y los lejanos álamos parecían arder en llamas. En el cielo, la estrecha faja de

azul palidecía entre las nubes, y los destellos rojos de un sol que asomaba ya por otros continentes ponían en las cumbres sus pinceladas de arrebol.

-¡Qué hermoso! -exclamó la joven poniendo en su admiración todo el entusiasmo que le inspiraba su amor a la Naturaleza. Aquel espectáculo de sublime y misteriosa hermosura le arrebató el alma. Todo aquel pedazo de mundo le pertenecía. A lo lejos, bajo un picacho de la montaña, estaba el sitio en donde la habían encontrado abandonada en medio del bosque. Ella y la Naturaleza se pertenecían, pues, recíprocamente. Sumida en la contemplación de todas aquellas bellezas que tanto amaba, la luz gloriosa que teñía de púrpura la cresta de las colinas le infundía fuerzas y optimismo.

Después de correr un rato, Pronto dio muestras de inquietud juntando las orejas y moderando el trote.

-¿Qué es eso, Pronto, qué te pasa? -le preguntó Margarita.

La oscuridad era cada vez más densa y el caballo veía a duras penas dónde ponía las patas. Las sombras subían como si salieran al encuentro de Margarita a medida que ésta descendía por la pendiente. El potro tenía muy finos los sentidos y no le pasaba nada inadvertido. Margarita tiró de las riendas hasta pararle.

Toda estaba en silencio. Los risueños colores de la fronda desaparecían bajo el manto negro que lo cubría todo. Abajo, en el valle, adivinábase el viejo rancho con sus galpones alrededor y los potreros extendiéndose hasta los campos de heno, húmedos y grises a la luz del crepúsculo. Una luz brillaba únicamente, lo mismo que un faro, en medio de la dilatada penumbra.

Soplaba un aire helado. Desde el otro lado de la loma llegaba el eco de los lejanos mugidos; pero no eran las reses las que asustaban al valiente potro. Prestó Margarita oído atento a todas los ruidos y no tardó en percibir un aullido que hizo dar un bote a su cabalgadura.

-No hay para tanto, Pronto; no es más que un lobo -dijo la valerosa amazona halagando con la mano al caballo para tranquilizarlo.

El aullido sonó fuerte y vigoroso al principio, suave y melancólico como un lamento, como un sollozo, después. Una manada de coyotes respondió con sus voces al primer aullido que sonó entre las sombras. Aquella era una algarabía infernal, un coro de lamentos capaces de helar la sangre al más templado; pero el pavoroso concierto sonaba como una melodía en los oídos de Margarita, y la intrépida muchacha continuó su marcha menos temerosa de la noche y sus amenazas que de lo que le aguardaba en el rancho de Peñas Blancas.

II

La noche envolvía con su negro manto el valle. Margarita creía que Wilson la esperaba, como de costumbre, para cogerle el caballo, pero se llevó chasco. La habitación de los cowboys estaba a oscuras, prueba evidente de que nadie había llegado aún. Desensilló ella misma la montura y la soltó para dejarla pacer a sus anchas la fresca hierba.

Las ventanas del baja y largo rancho brillaban desde lejos, en la oscuridad, como faros. Margarita se preguntaba llena de inquietud "si Jaime Bellounds 'habría llegado ya. Pero, puesto que al fin y al cabo tendría que encontrarse con él, era mejor pasar la prueba cuanto antes. Se acercó de puntillas a las relucientes ventanas y continuó hasta el pórtico; pero retrocedió, y volvió a acercarse, y tornó a retroceder hasta dominar las últimas vacilaciones de su espíritu. Por último puso las manos en la puerta y empujó. La puerta estaba dura y tardó en ceder.

Margarita entró en una espaciosa estancia iluminada por una luz puesta sobre una mesa y por unos cuantos leños chisporroteantes colocados entre los morillos de un enorme hogar. La pieza, algo oscura en sus extremos, estaba sobria pero cómodamente amueblada.

Bellounds, el dueño del rancho, hallábase sentado, en mangas de camisa, en su butaca, con sus grandes y manos junto al fuego. Era un hombre de unos sesenta años, fuerte y musculoso, de aspecto resuelto y pelo gris.

Al entrar Margarita en la estancia levantó él la cabeza, desapareciendo la tristeza que se hubiera podido advertir en su actitud.

-¡Hola, muchacha, por fin llegas! El cocinero me ha avisado ya que la cena está a punto. Vamos a sentarnos a la mesa - fueron las palabras que pronunció en cuanto vio a la joven.

-¿No ha venido todavía Jaime, papá? - preguntó Margarita.

-No; únicamente ahora, hace un rato, he sabido de él por uno de los vaqueros de Baker que ha llegado de Kremmling y ha venido aquí para decirme que Jaime está celebrando su vuelta con abundancia de vino. Por lo tanto, es inútil esperarle hoy. Quizá le tengamos con nosotros mañana.

Bellounds dijo esto con voz natural, sin dar muestras de pesadumbre. Franco hasta la exageración, jamás la verdad vacilaba en sus labios. Pero Margarita, que le conocía a fondo, sabía perfectamente hasta qué punto tenía que apenarle aquella noticia. Indignábale la desatenta conducta del mal hijo; pero juzgó prudente no exteriorizar su opinión.

-Se comprende que Jaime experimente gran alegría al volver a casa. Estos tres años pasados fuera de ella le habrán hecho desear vivamente el regreso- fue su único comentario.

-Hace frío, papá -dijo Margarita acercando las manos al fuego-. He salido poco abrigada y estoy aterida. Ya tenemos el otoño aquí y el aire está helado. Las hojas secas empiezan a caer dando al suelo su tonalidad amarillenta. Me gustaría el otoño si no fuera el embajador del invierno.

-¡Qué quieres! Las estaciones se suceden y el tiempo vuela. ¿Dónde has estado esta tarde?

-He llegado hasta la ladera oeste del otero. Está aquello tan lejos que es rara la vez que voy hasta allí,

-¿Has encontrado a alguno de los vaqueros? Hoy los he enviado para bajar el ganado de la montaña, porque se me han muerto algunas reses últimamente y creo que ha sido por haber comido alguna hierba venenosa. Se hinchan y se mueren. No es el primer año que sucede esto; pero nunca había llegado a perder tantos animales en tan pocos días.

-¡Oh, qué desgracia! -exclamó la joven. Y luego, contestando a lo que Bellounds le había preguntado, añadió-: Sí, he encontrado a Wilson Moore en la falda de la montaña.

-¡Ah! ¡A Wilson Moore! Bueno, vamos a cenar. Sentáronse a la mesa, magníficamente dispuesta en honor del huésped que se esperaba y que no llegó. Margarita sirvió al viejo sus platos favoritos, escudriñando con disimulo su arrugado semblante. Adivinaba que, le sucedía algo; pero ni en su expresión ni en su proceder pudo la muchacha descubrir nada anormal. El anciano cenó aquella noche con su buen apetito de siempre.

-De manera que has encontrado a Wilson. Y qué, ¿continúa yendo detrás de ti? - preguntó de improviso Bellounds.

-No; no he visto que haya venido nunca tras de mí -contestó Margarita.

-Pareces ya una mujer y continúas siendo una niña. Wilson está enamorado de ti desde tu infancia. ¡Como que por eso únicamente permanece en el rancho trabajando para mí!

-No puedo creer tal desatino, papá -exclamó Margarita sintiendo agolpársele la sangre en las sienes-. Lo mismo has creído otras veces de otros, y siempre te has equivocado.

-Pues esta vez no me equivoco. No hay más que ver cómo le llamean los ojos cada vez que ve a algún otro muchacho acercarse a ti.

-Pues yo no recuerdo ni un solo acto de él que me autorice a creer que le intereso más de lo justo -declaró Margarita con ganas de ponerse a reír por no llorar.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

